

pello, en que yo me soya ver, é con que tomaba moy gran pracer ¡ay meu heredero mayor! Caballeros, ¿hu me lo lejastes? Dadme meu fillo, condes.» A lo cual el conde Gomez de Candespina respondió: «Señor, el hijo que nos pides, no nos le confiaste á nosotros.» A esto replicó el rey: «Si se le confió á otros, vosotros erais sus compañeros para el combate y para la defensa; y cuando aquel á quien yo le di murió amparándole, ¿qué buscáis aqui los que le habeis abandonado?—Señor, le respondió Alvar Fañez, pareciónos que no podíamos vencer aquel campo, que seria mayor daño vuestro perecer alli todos en vano, y que no os quedára con quien poder defender la tierra, y las ciudades, fortalezas y castillos que con tanto trabajo habeis ganado; esto nos hizo venir aqui, señor, para que con la falta del príncipe y con la nuestra no quedarais de todo punto sin arrimo.» Mas no bastaban razones á consolar al rey, que cada vez lanzaba mas hondos suspiros.

Llamóse esta batalla de Uclés la batalla de los Siete Condés, por el número de los que en ella perecieron, y á esta lamentable derrota se siguió la pérdida de Cuenca, Huete, Ocaña, Consuegra, y otras poblaciones de las que habian formado el dote de Zaida, la cual para mayor desconsuelo del monarca hacia poco tiempo le habia dejado en triste viudez. Habia muerto tambien en 1107 su yerno el conde Ramon de Galicia, el marido de su única hija legitima Urraca,

de la cual dejaba un niño de cuatro años llamado Alfonso, nacido en un lugar de la costa de Galicia nombrado Caldas, que de esto se dijo mas adelante Caldas de Rey. Esto tierno nieto era el único varon que despues del malogrado Sancho le quedaba de sus diferentes matrimonios al anciano y afligido monarca de Castilla. Tal vez el ánsia de lograr todavia sucesion inmediata varonil fué la que pudo determinarle, á pesar de su provecta edad, de sus achaques y de sus amarguras, á contraer aun nuevas nupcias con una señora nombrada Beatriz, cuyo consorcio le proporcionaria en sus últimos dias algunos consuelos; pero la naturaleza le negó ya el de la sucesion que tanto apetecia y que tan conveniente hubiera podido ser para la tranquilidad del reino, que harto turbado se vió por aquella falta, como luego hemos de ver.

Tantas y tan hondas penas no podian dejar de abreviar los dias de un príncipe que tantos trabajos y vicisitudes habia sufrido, y á quien por otra parte aquejaban materiales y fisicos padecimientos. La enfermedad y las penas le iban simultáneamente consumiendo la vida, que al decir del arzobispo cronista se iba sosteniendo con el ejercicio á caballo que por consejo de los médicos hacia diariamente, como el mas provechoso para quien estaba acostumbrado á las duras fatigas de la campaña (1). Al fin sintiéndose ya es-

(1) Roder. Tolet. lib. VI. c. 35.

tremadamente débil, llamó cerca de sí al arzobispo don Bernardo y á los monjes de San Benito, y con ellos pasó los postreros dias. Por último en la noche del 30 de junio de 1109 pasó á gozar del eterno descanso el gran conquistador de Toledo, á los setenta y nueve años de su edad y á los cuarenta y tres y medio de un reinado tan lleno de glorias como de azares y vicisitudes, sostenido con ánimo constante en todas las mudanzas de la fortuna ⁽¹⁾. Lloráronle los toledanos, y exclamaban: «¿Cómo así, oh pastor, abandonas tus ovejas? Ahora los sarracenos y los malhechores acometerán el rebaño que estaba encomendado á tu guarda!»

El arzobispo don Rodrigo nos dejó un magnífico elogio de este monarca. «Fué (dice la traducción antigua) de gran bondad é muy noble, alto en virtud, y de gran gloria, y en los sus dias nunca menguó justicia, y el duro servicio ovo cabo é fin, y las lágrimas lo ovieron, y la fé ovo crecimiento, y la tierra y el reino ovo ensalzamiento, y el pueblo atrevimiento, y el enemigo ovo confondimiento. Amansó el cuchillo, quedó el alárabe, ovo miedo el de Africa. «El lloro y el llanto de España nunca ovo consolador «fasta que este reynó..... La grandía del su corazón, «virtud de los fijosdalgo, no se tuvo por entero de «vivir entre las angosturas de las Asturias, y escogió

(1) Pelag. Ovet. n. 13.—Anal. Toled. primeros: p. 386.

«el afán y el trabajo por compañero en su vida. El «deleite y el vicio tovo mezquindad, é probar las dudasas lides le fué placer é alegría..... Rey crecido, «recio, fuerte el su corazón, fiando en nuestro Señor «halló gracia ante los ojos de nuestro Señor del cielo «é de la tierra.»

Su cuerpo estuvo expuesto por espacio de veinte dias, al cabo de los cuales con gran solemnidad y acompañamiento de obispos, sacerdotes, magnates, guerreros, nobles, plebeyos, hombres y mugeres, cubiertos de ceniza, con los vestidos desaliñados, y dando gritos de dolor, fué trasladado, segun él lo habia dispuesto, al monasterio de Sahagun, de que habia sido gran protector y devoto, donde al decir de algunos historiadores tuvo impulsos de tomar el hábito monacal, donde le habia tomado provisionalmente algun tiempo en dias de desventura, y donde yacían las cenizas de sus mugeres ⁽¹⁾.

Antes de entrar en las graves alteraciones que á poco de la muerte de este gran príncipe agitaron y conmovieron los reinos cristianos, menester es que

(1) «El tratado de las mugeres del rey don Alfonso VI. (dice el investigador y erudito Florez en su obra de las *Reinas Católicas*), es una especie de laberinto, donde se entra con facilidad, pero es muy dificultoso acertar á salir mientras no se descubra alguna guía, que hasta hoy no hemos visto, siendo así que han entrado muchos á reconocer el terreno; y

aun oyéndolos no se vencen las dudas, antes parece que mientras mas hablan menos nos entendemos.

«Cinco mugeres le señalan comunmente los autores. Algunos añaden mas; otros quitan; y como si no bastára la incertidumbre del número, se nos acrecienta la del orden, ignorándose cuál fué primero, cuál despues. Los escrito-

volvamos un momento la vista hácia lo que entretanto en Aragon y Cataluña habia acontecido, y mas ha-

res antiguos ofrecian un camino algo suave; pero los modernos le han sembrado de espinas, añadiendo tanto número de sendas que es difícil discernir cuál sea la legítima.»

En efecto, no hay sino leer el tratado mismo del ilustrado Florez para ver el caos que los escritores han introducido en el punto relativo á las mugeres de Alfonso VI., á su orden, y á la distincion entre legítimas y concubinas. Creemos, no obstante, que pesadas imparcialmente las razones de unos y otros, el caos desaparece en gran parte, y solo quedan algunas diferencias que tampoco vemos imposible concertar. Nosotros nos hemos tomado el trabajo de leerlos casi todos y examinar los datos en que cada cual apoya su opinion, con arreglo á los cuales hemos formado la nuestra, dispuestos á dar razon de los fundamentos que nos han servido para formarla, aun que la naturaleza de una historia general no nos permita ahora detenernos á explicarlos.

Para nosotros es fuera de duda que la primera muger de Alfonso fué Inés, hija de Guido Guillermo, duque de Aquitania y conde de Poitou: que casó con e la hácia 1074, y duró el matrimonio hasta 1078. Esta reina no tuvo sucesion. (Chon Malleac.—Escrit. de San Millan.—Fuero de Sepúlcr.)

Siguiese Jimena Nuñez ó Muñoz (según que al padre nombran unos Nuño y otros Munio), de la cual tuvo Alfonso dos hijas, Elvira y Teresa, que fueron las que casaron la primera con Raimundo de Tolosa, y la segunda con Enrique de Besanzon. De esta Jimena es de

la que se cuestiona si fué muger legítima ó fué solo concubina. Para nosotros ni fué concubina ni muger legítima, sino muger ilegítima, con la cual no podia casarse por ser pariente en tercer grado de consanguinidad, en que no se dispensaba entonces, y además por afinidad; y que esto fué lo que le bió escitar la cólera del papa Gregorio VII. para hacer al rey separarse de ella. Mas es indudable que vivió con ella como muger desde el 1078 al 1080, en que casó con su segunda legítima muger Constanza.

Era Constanza hija de Roberto duque de Borgoña, y viuda de Hugo II., conde de Chalons. De ella tuvo á Urraca, la que casó con Raimundo ó Ramon de Borgoña, conde de Galicia, y que fué despues reina de Castilla. Vivió esta reina, que se llamó Emperatriz desde la conquista de Toledo, hasta el año 1092, ó principios del 1093. (Sandov.—Yepes.—Garrivay y otros.)

En este año de 1093 casó con Bertha, repudiada de Enrique IV. rey de Germania en 1069. (Cronicas de Francia). Tenemos con Florez por mas auténticas las escrituras que suponen haber fallecido Bertha en 1095, en cuyo año mencionan ya á Isabel. Tampoco tuvo Alfonso sucesion de esta reina, y el deseo de tener un heredero legítimo y varon era sin duda una de las causas de multiplicar tantos matrimonios.

Conviene todos en que Alfonso tuvo una cuarta muger legítima nombrada Isabel, y están todos igualmente de acuerdo en que el hijo único del rey, Sancho, el que murió en la batalla de Uclés,

biendo de enlazarse tanto despues los sucesos de unos y otros estados.

Hemos visto como las fronteras del reino de Aragon se iban dilatando bajo el enérgico y activo Sancho

le habia tenido de Zaida, hija de Ebn Abed el rey árabe de Sevilla, la cual para unirse á Alfonso se habia hecho cristiana y tomado por nombre bautismal Maria Isabel, aunque el rey la nombraba Isabel solamente, y era el solo que usaba en las escrituras. Hé aquí al parecer dos Isabeles; que han sido causa de las mas debatidas cuestiones entre los historiadores, y en lo que está lo mas complicado del laberinto de las mugeres de Alfonso VI. Pues los que admiten las dos como mugeres legítimas no saben cuando ni dónde colocar la una que no estorbe á la otra y que no trastorne la cronologia. Y los que hacen á Isabel Zaida concubina solamente, no aciertan á esplicar ni el ser tenido su hijo Sancho por heredero legítimo del trono de Castilla, ni las escrituras en que se nombra una Isabel como muger legítima despues que suponen muerta la otra, ni saben de quién pudo ser hija la primera. Y sobre esto han armado una madeja de cuestiones que en el supuesto de las dos Isabeles no es fácil desenredar.

Nosotros tenemos por cierta la inexistencia de la que se supone primera Isabel, á quien Lucas de Tuy, y otros escritores posteriores, y hasta un epitafio que le pusieron en Leon, la hacen hija de Luis, rey de Francia, y es cierto y averiguado por todas las historias de aquella nacion que el rey de Francia á que alude el Tudense no tuvo ninguna hija que se llamara

Isabel. Creemos pues que no hubo mas Isabel que Zaida, la hija del rey moro de Sevilla, que tomó aquel nombre al hacerse cristiana, que fué muger legítima de Alfonso, que estuvo casada con él desde 1095 ó 96 hasta 1107 en que murió, que de este matrimonio nació Sancho, el que pereció en Uclés, heredero legítimo que era del reino, y que luego tuvieron á Sancho y Elvira, que casaron despues la una con el conde Rodrigo Gonzalez de Lara, y la otra con Rogerio I. rey de Sicilia. Además de los datos que hay para creer esta opinion la mas segura, es la única que puede conciliar el orden y las fechas de todos los matrimonios de este rey, y las edades de cada uno de sus hijos, sin embarazo ni confusion.

Poco feliz el rey en la sucesion varonil que tanto deseaba, y suspirando todavia por ella, casó aun, á pesar de su edad y sus achaques, en 1108, con Beatriz á quien el arzobispo don Rodrigo hace tambien francesa, y la cual le sobrevivió, habiendo muerto el rey, como hemos dicho, en 1109. De Beatriz no se sabe mas sino que luego que enviudó se volvió á su patria. (Pelag. Ovet. Chron. número 14).

Tales fueron las mugeres de Alfonso VI. según los documentos que tenemos por mas fehacientes.

En 1101 habian muerto las dos hermanas del rey doña Urraca y doña Elvira, las que habian tenido las ciudades de Zamora y de Toro. (Sandov. Cinco Reyes).

Ramirez, rey tambien de Navarra, que cada dia tomaba alguna poblacion, alguna fortaleza, algun enriscado castillo á los sarracenos, acosándolos y reduciéndolos por las riberas del Ebro y del Gállego, del Cinca y del Alcánadre ⁽¹⁾. Enemigo terrible de los dos reyes mahometanos de Zaragoza Al Mutamin y Almostain, hemos visto en cuan apretados conflictos llegó á ponerlos muchas veces, aliándose al efecto con Berenguer de Barcelona y con el emir de Tortosa y Denia Al Mondhir Almagib, si bien por desgracia contrariado en muchas ocasiones y teniendo que medir sus armas con las del Cid Campeador ⁽²⁾. A pesar de estas contrariedades llegó el caso de considerarse bastante fuerte para poner en ejercicio el proyecto que constituía el blanco de sus mas vehementes deseos, el de la conquista de Huesca, uno de los mas fuertes baluartes de los infieles y su principal escudo de defensa contra las armas cristianas de Aragon. Habia ido Sancho Ramirez preparando muy diestramente el terreno para esta importante conquista, y cuando se determinó ya á ponerle sitio llevó consigo respetable hueste de aragoneses y navarros que distribuyó en los collados de alrededor.

Sentó el rey sus reales en un montecillo ó repecho de donde podia ofender grandemente á los sitiados, y que desde entoncés tomó el nombre de *el Pueyo* de

(1) Véase el cap. 24 del anterior libro.

(2) Cap. 1.º de este libro.

Sancho. El cerco no obstante continuaba con lentitud, porque los sitiados se defendian con bizarría. Impaciente el monarca aragonés púsose un dia á reconocer el muro, y habiendo hallado en él una parte mas flaca que las otras, y por donde le parecia que se podria fácilmente combatir, levantó el brazo derecho para señalar aquel sitio á sus compañeros de armas: en esto una flecha arrojada desde el adarve vino á herir al rey debajo del brazo en la parte que dejó descubierta el escote de la loriga. La fatal saeta llevaba en su punta la muerte, como la que atravesó á Alfonso V. en el sitio de Viseo. Conociólo así Sancho, y convocando á todos los ricos-hombres y caballeros hizo jurar ante ellos á sus dos hijos don Pedro y don Alfonso, que no levantarían el cerco hasta tener ganada la ciudad y puesta bajo su dominio y poder. Hecho esto y consolando con animoso esfuerzo á los príncipes y á sus caudillos, murió este aguerrido y valeroso monarca el dia 4 de junio del año 1094. Su cuerpo fué llevado al monasterio de Monte-aragon fundado por él, donde estuvo depositado hasta que ganada la ciudad le trasladaron al de San Juan de la Peña, donde le dieron honrosa sepultura ⁽¹⁾.

Muerto don Sancho, y aclamado y reconocido por rey su hijo don Pedro, continuó éste el sitio de Huesca

(1) Anal. Compostel.—Roder. critores de Aragon. Tolet.—Zurita, Abarca, y otros es-

con el mismo ánimo, perseverancia y empeño con que hubiera podido hacerlo su padre. Mas considerando tambien el de Zaragoza que de la conservacion ó pérdida de Huesca dependia la posesion de toda la tierra llana, hizo un llamamiento general á los musulmanes de su reino, y aun invocó la cooperacion de dos condes cristianos sus amigos, Gonzalez y García Ordoñez de Nájera (1); «ca en aquella revuelta de tiempos y estrago de costumbres, dice un historiador, no se tenia por «escrúpulo que cristianos ayudasen á los moros contra «otros cristianos.» Púsose en marcha el ejército infiel, sin que su número arredrára al nuevo rey don Pedro; antes salió á encontrarle, marchando delante de todos el príncipe Alfonso su hermano, que ya anunciaba lo que habia de ser mas adelante este insigne guerrero. Acompañábanle los principales caballeros y ricos hombres de Aragon, los Gaston de Biel, los Lizanas, los Bacallas, los Lunas, y aquel Fortuño, que dicen traía de Gascuña trescientos peones armados de mazas, de que tomó el nombre de Fortuño Maza quo dejó á sus nobles descendientes.

Los agarenos eran en tan gran número que cubrian todo el camino desde las riberas del Ebro hasta las del Gállego. El conde García envió un atento mensaje al rey don Pedro aconsejándole que levantára el sitio,

(1) Este García Ordoñez, que aparece unas veces peleando en las filas de Alfonso de Castilla, otras guerreado en favor de los moros, es un personaje misterioso é incomprensible, cuya biografía seria dificilísimo escribir.

porque no era posible que escapára ningun cristiano. La respuesta del rey fué avanzar á los campos de Alcoráz, donde se encontraron las dos huestes. El príncipe don Alfonso fué el que comenzó el combate haciendo terrible daño á los infieles. La pelea se fué generalizando y embraveciendo: convienen todos en que fué de las mayores y mas sangrientas batallas que se habian dado entre musulmanes y cristianos: duró hasta la noche, y el arrogante don García, auxiliar de los moros, el que decia que no podia escapar ningun cristiano, fué uno de los prisioneros (1). Aguardaban los aragoneses que al dia siguiente se renovára la pelea, y lo que al dia siguiente sucedió fué ver desamparados los reales de los infielés, que con pérdida de treinta á cuarenta mil muertos se habian retirado de prisa con su rey á Zaragoza. Ganada la batalla, volvió el rey don Pedro sobre Huesca, que á los ocho dias se rindió, y entró en ella triunfante el 25 de noviembre de 1096. Esto es lo que refieren las crónicas cristianas; veamos como la cuentan los árabes.

«El rey de Zaragoza Almostain Billah Abu Gíafar, «cuando creía descansar, y que los cristianos escarmentados en Zalaca le dejarían gozar de la felicidad de aquella victoria, se vió acometido de «muchedumbre de infieles que acaudillaba el tirano

(1) Debió ser pronto puesto en libertad, porque en 19 de mayo de 1097 aparece otra vez acompañando á Alfonso de Castilla en una expedición hácia Zaragoza.